

Donde habite el olvido

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero
En mi pecho su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el
tormento.

Allí donde termine este afán que exige un dueño a
imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

Yo fui

Yo fui.
Columna ardiente, luna de primavera.
Mar dorado, ojos grandes.
Busqué lo que pensaba;
pensé, como al amanecer en sueño lánguido,
lo que pinta el deseo en días adolescentes.
Canté, subí,
fui luz un día
arrastrado en la llama.
Como un golpe de viento
que deshace la sombra,
caí en lo negro,
en el mundo insaciable.
He sido.

"Un río, un amor" (1929)

Quisiera estar solo en el sur
Quizá mis lentos ojos no verán más el sur de
ligeros paisajes dormidos en el aire,
con cuerpos a la sombra de ramas como flores o
huyendo en un galope de caballos furiosos.

El sur es un desierto que llora mientras canta,
y esa voz no se extingue como pájaro muerto;
hacia el mar encamina sus deseos amargos
abriendo un eco débil que vive lentamente.

En el sur tan distante quiero estar confundido.
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta
su niebla misma ríe, risa blanca en el viento. Su
oscuridad, su luz son bellezas iguales

"Los placeras prohibidos "(1931)

Si el hombre pudiera decir

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
como una nube en la luz;
si como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio,
pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo
[la verdad de su amor,
la verdad de sí mismo, que no se llama gloria,
fortuna o ambición, sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba; aquel que con su
lengua, sus ojos y sus manos proclama ante los
hombres la verdad ignorada, la verdad de su amor
verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar
[preso en alguien
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; alguien
por quien me olvido de esta
[existencia mezquina,
por quien el día y la noche son para mí
[lo que quiera,
y mi cuerpo y espíritu flotan en
[su cuerpo y espíritu
como leños perdidos que el mar anega
[o levanta
libremente, con la libertad del amor, la única
libertad que me exalta, la única libertad porque
muero.
Tú justificas mi existencia: si no te conozco, no he
vivido; si muero sin conocerte, no muero,
[porque no he vivido.

Federico García Lorca

*En la luna negra
de los bandoleros,
cantan las espuelas.
Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?
... Las duras espuelas
del bandido inmóvil
que perdió las riendas.
Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!
En la luna negra,
sangraba el costado
de Sierra Morena.
Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?
La noche espolea
sus negros ijares
clavándose estrellas.
Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!
En la luna negra,

¡un grito! y el cuerno

largo de la hoguera

Caballito negro. ¿Dónde llevas tu jinete muerto?*

Federico García Lorca,

Poemas de Federico García Lorca

La aurora de Nueva York tiene cuatro columnas de cieno y un huracán de negras palomas que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime por las inmensas escaleras buscando entre las aristas nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca porque allí no hay mañana ni esperanza posible: a veces las monedas en enjambres furiosos taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos que no habrá paraísos ni amores deshojados; saben que van a ¡ cieno de números y leyes, a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos en impúdico reto de ciencia sin raíces, por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre.

Rafael Alberti

"Marinero en tierra" (1924)

"El mar. La mar. El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me traste, padre, a la ciudad?

/

¿Por qué me desenterraste del mar?

En sueños, la marejada me tira del corazón. Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste acá?".

Si mi voz muriera en tierra,

llevadla al nivel del mar

y dejadla en la ribera.

Llevadla al nivel del mar

y nombradla capitana

de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada

con la insignia marinera:

sobre el corazón un ancla

y sobre el ancla una estrella

y sobre la estrella el viento

y sobre el viento la vela!

(R. Alberti, *Marinero en tierra*)

"Baladas y canciones del Paraná"

(1953-1954)

Hoy las nubes me trajeron

volando, el mapa de España.

¡Qué pequeño sobre el río,

y qué grande sobre el pasto

la sombra que proyectaba!

Se le llenó de caballos

la sombra que proyectaba.

Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.
Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente, l
a fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.

Sobre los Ángeles

Buscad, buscadlos:
en el insomnio de las cañerías olvidadas, en los cauces interrumpidos por
el silencio de las basuras. No lejos de los charcos incapaces de guardar
una nube, 5 unos ojos perdidos, una sortija rota una estrella pisoteada.
Porque yo los he visto:
en esos escombros momentáneos que aparecen en las neblinas. 10 Porque yo
los he tocado;
en el destierro de un ladrillo difunto, venido a la nada desde una torre o un carro.
Nunca más allá de las chimeneas que se derrumban ni de esas hojas tenaces
que se estampan en los zapatos.

15 En todo esto.

Más en esas astillas vagabundas que se consumen sin fuego, en esas ausencias hundidas
que sufren los muebles desvencijados, no a mucha distancia de los nombres y signos que se
enfrian en las paredes. 20 Buscad, buscadlos:
debajo de la gota de cera que sepulta la palabra de un libro o la firma de uno de esos rincones
de cartas que trae rodando el polvo. Cerca del casco perdido de una botella, de una suela
extraviada en la nieve, 25 de una navaja de afeitar abandonada al borde de un precipicio.